**Dos Movimientos del Pasado que Informan el Future**

**El Revdmo. R. William Franklin**

XI Obispo del Oeste de Nueva York, ahora Obispo Auxiliar en Long Island y miembro de la facultad de Episcopal Divinity School del Union Theological Seminary

**Introducción**

El Obispo Doyle, sin duda alguna, provoca nuestra reflexión. Esta no es la primera vez que la Iglesia enfrenta el desafío de la renovación litúrgica, incluyendo interrogantes sobre el acto y el significado de la Eucaristía.

Como explica el artículo del Obispo Doyle, la pandemia de Covid-19 nos plantea nuevamente la posibilidad de celebrar la Eucaristía virtualmente en un momento en el que no es seguro para nosotros hacerlo en persona. Una Eucaristía virtual pone en peligro la dignidad de la persona humana al depender de individuos aislados en el espacio digital reemplazando nuestras experiencias relacionales con la creación y entre nosotros. El artículo del obispo Doyle muestra que la Eucaristía no es una repetición formulada de palabras y gestos, sino una experiencia viva que requiere un lugar y una presencia compartidos. Debemos abordar con cautela el uso del ámbito digital para la celebración de la Eucaristía, un acto que es un signo externo y visible de nuestra unión espiritual con Dios y con los demás.

Mi contribución a esta conversación consiste en una revisión de dos movimientos clave de la renovación litúrgica del siglo XIX: los Puseyitas, que formaban parte del Movimiento de Oxford; y el Movimiento Litúrgico que fue parte del avivamiento Benedictino en la Iglesia Católica Romana. Se trata de movimientos paralelos que respondieron a los grandes problemas sociales de su época: la industrialización y mecanización y sus correspondientes amenazas a la salud y la seguridad, la despersonalización del trabajo, el aislamiento de las personas, el énfasis en el materialismo y el lucro económico, vidas vividas en condiciones brutales sin el alimento del ritual, la belleza y el significado. Bien podemos encontrar paralelos en nuestra cultura actual.

Al final, les ofrezco algunas preguntas para su reflexión personal y/o en grupo, lo mismo que algunas conclusiones.

Los invito a estudiar con detenimiento el artículo del obispo Doyle. Su trabajo reflexivo nos ayuda a comprender tanto lo nuevo como lo antiguo conforme examinamos la celebración de la Eucaristía.

**Pusey y la Adoración en la Sociedad Industrial**

Comenzamos con una mirada al Movimiento de Oxford (1833-1845), el comienzo de un avivamiento Católico dentro de la Iglesia de Inglaterra.

Surgió en un momento en que la Iglesia fue golpeada por los desafíos de los Evangélicos, cuyo deseo de una vida espiritual sólida no era satisfecha por la histórica Iglesia de Inglaterra; añadiéndose a esto la ciencia, que algunos usaron para desacreditar la religión; los movimientos anticlericales que presenciaron el incendio de un palacio episcopal y la abolición de 10 diócesis de la Iglesia Anglicana de Irlanda por parte del gobierno Británico; y por la propia negligencia de la Iglesia respecto a los sacramentos.

Todo esto se contrastaba con el trasfondo de la fealdad, la contaminación y la pobreza de la era industrial; las brutales condiciones sociales de las ciudades industriales; y el aislamiento, el agotamiento y la miseria de los trabajadores -adultos y niños- que abarrotan las ciudades. La literatura de la época rebosaba de “fuerza de voluntad”, “el evangelio del trabajo”, “la autoayuda” y “la autosuficiencia”. Fue una época de individualismo y materialismo, de un capitalismo desenfrenado.

Entonces, ¿cómo iba a responder la Iglesia? John Keble, profesor de Oxford y venerado párroco, promulgó que la religión no alimentada por una Iglesia visible con su sistema sacramental no podría mantener por mucho tiempo una vida espiritual vital en una era de secularismo y revolución; y tal Iglesia derivaba su autoridad de Cristo, sus apóstoles y sus sucesores, no de la Corona, el Parlamento o los reformadores del siglo XVI. El Tractariano John Henry Newman defendió a la Iglesia de Inglaterra como una institución "divina" o "eclesial" con una misión social. Y Edward Bouverie Pusey, Profesor Regio de Hebreo en Oxford, trató de recuperar la dimensión comunitaria del Anglicanismo mediante un resurgimiento del culto eucarístico vinculado a una campaña para construir iglesias parroquiales en las nuevas ciudades industriales de Inglaterra --- en efecto, tomó la iniciativa sin precedentes de abogar por la construcción de una iglesia todos los días del año en las ásperas y demoledoras ciudades industriales.

Para Pusey y sus seguidores -“Puseyistas”- la vida sacramental era la noble herencia de la comunidad de Cristo. La Eucaristía dio un nuevo significado tanto a la tierra como a la eternidad, a la materia y al espíritu, y esta creencia se manifestó en esfuerzos de servicio social: compensación salarial justa, fondos de entierro, centros de distribución de alimentos, ropa y otras necesidades, creando la red de seguridad donde no existía y donde se esperaba que las personas se las arreglaran por sí mismas.

Pusey apartó el movimiento de las parroquias mejor financiadas y controladas por algunos de los elementos más reaccionarios de la sociedad británica, una medida que hoy caracterizaríamos como "afligir a los que se sienten cómodos y consolar a los afligidos". Remarcó que "sabemos muy a menudo que la misma ropa que usamos es, mientras se hace, humedecida por las lágrimas de los pobres" -un comentario que pudiéramos recordar cuando compramos ropa barata de “moda rápida” fabricada en talleres de explotación en Asia en nuestro propio tiempo.[[1]](#footnote-1)

**Lleno de un Potencial Sagrado**

El antiguo status quo Anglicano —el palacio episcopal, la residencia parroquial en el campo, los Treinta y Nueve Artículos, el servicio de alabanza simple— nunca abriría una brecha en los muros de las fábricas, nunca podría apoderarse de una población industrial. Los tiempos requerían comunidades de fe que mostraran cómo guardar tanto el ayuno como las celebraciones mayores. El historiador de la iglesia originario de Berlín, Augustus Neander, recordó a Pusey el mundo olvidado de la Iglesia patrística: la solidaridad, el compañerismo, el compartir, las celebraciones comunitarias, la oposición al poder pagano dominante. La enseñanza de Neander sobre la humanización de lo divino y la deificación de lo humano llevó a Pusey a construir iglesias en distritos fabriles y barrios marginales como una manera de recordales a las masas trabajadoras que ellas estaban rodeadas y abrazadas por Dios en la creación, llenas de potencial santo.

El mensaje de Pusey a la sociedad Victoriana fue que la buena nueva sobre Jesús es que la fe en él establece una relación viva y orgánica con los demás. La Eucaristía puede convertirse en este vínculo de comunión, pero sólo si los ingleses recobran la fe Católica en la presencia real. Esto, por supuesto, revirtió el trabajo del liturgista reformador del siglo XVI Thomas Cranmer, quien eliminó cualquier mención explícita de la presencia real en el Libro de Oración Común. Pusey descubrió que para hacer de la adoración el acto de todos los presentes, que son miembros del cuerpo de Cristo, el trabajo del pueblo, la Eucaristía tendría que ser celebrada como expresión de Cristo como una presencia viva en medio de su iglesia en la tierra.

Esa fue una enseñanza peligrosa, y Pusey fue declarado culpable de herejía en 1843 puesto que había destronado a Cranmer, y, “por proferir tal escándalo”, se le prohibió predicar por dos años dentro de los recintos de la universidad.[[2]](#footnote-2)

En la década de 1840, Pusey y sus seguidores reconocieron que la dignidad y la solemnidad en la adoración salvaguardaban la reverencia debida al Señor en su presencia, aun tratándose de una era secular. Así reintrodujeron las vestimentas eucarísticas, el encender las velas del altar, el incienso, las procesiones, la señal de la cruz, la reverencia y la genuflexión, la elevación de la hostia y el cáliz, y el repique de campanas en el canon “para poner [la presencia real] ante nuestros ojos.”[[3]](#footnote-3)

La respuesta a esta rica liturgia, por un lado, resultó en bancas atestadas y grandes aumentos en el número de bautismos. Por otro lado, hubo burlas, asombro e incluso disturbios en St. Barnabas, Londres, en 1851, cuando las turbas expulsaron a los pobres de sus bancas y el coro fue bombardeado con huevos podridos.

En la iglesia de Sn. Pedro, área de los Muelles de Londres, región conocida como East End la cual era terriblemente afectada por la pobreza, en 1859 la liturgia alta se topó con el ridículo y el escepticismo al principio (incluyendo ataques al coro con tiradores de arvejas). Con el tiempo, el sacerdote Charles Lowder enseñó a la gente a convertir la casa de Dios en su propia casa a través de la participación durante la adoración. La vida cálida y familiar hizo que los adoradores se sintieran miembros unos de otros en un retiro tranquilo que llegaron a amar.

Hubo derrotas y victorias. La Ley sobre la Adoración Pública de 1874 permitió a los feligreses que se sentían agraviados por la introducción de cambios en el ritual el llevar a juicio a los clérigos infractores. Un sacerdote tuvo que dirigir el culto en las cocinas de los feligreses cuando su obispo se opuso al uso de la casulla y el incienso. Pero la dimensión comunitaria y la misión social de la Iglesia prevaleció al eliminar en algunas parroquias ese símbolo clásico de estatus, partido y clase: la renta de bancas reservadas (e incluso los biombos de vidrio para que los acomodados no tuviesen que oler a los pobres).

**La Arquitectura y el Altar**

Pusey abogó por una liturgia Católica que involucrara a la gente: mediante la educación y a través de la participación (cantos, respuestas y procesiones, gestos corporales, comunión frecuente). Esa era la forma principal como una parroquia y sus miembros testificaban la presencia de Jesucristo en la ciudad. El instó a la celebración de la misa de cara al pueblo.

La presencia real de Cristo en la Eucaristía, la participación de la gente, la inspiración de la belleza del espacio y el ritual, y el reconocimiento de cada persona como miembro del Cuerpo de Cristo fueron los sellos distintivos del movimiento. En ningún lugar se acoplaron en una unidad tan magnífica como en la Iglesia de Todos los Santos, de la Calle Margaret, en Londres.

La Iglesia de Todos los Santos, construida entre 1850 y 1859, fue la primera iglesia diseñada que se esforzó, aunque de manera primitiva, en expresar para la era industrial y de forma arquitectónica tanto la comprensión renovada de toda la Iglesia como el cuerpo de Cristo como la centralidad de la celebración eucaristía colectiva. (Ver la iglesia en <https://www.allsaintsmargaretstreet.org.uk>)

Sin bancas, galerías o biombos, el arquitecto William Butterfield creó un espacio para que la congregación se constituyera en un solo cuerpo que pudiera relacionarse orgánicamente con el altar. El efecto fue crear una visión de luz brillante y armonía en medio del monótono paisaje urbano comercial. La provisión de espacio para una comunidad litúrgica, donde los laicos podían participar activamente en el rito, fue algo revolucionario. La Iglesia de Todos los Santos ha sido aclamada como un punto de inflexión, no una copia, “un esfuerzo audaz y magnífico para sacudirse las trabas del precedente arcaico” encadenado al Renacimiento Gótico, haciendo de su construcción “en muchos sentidos el edificio más conmovedor del siglo”.[[4]](#footnote-4)

El único altar de Todos los Santos, visible desde cualquier ángulo, ejecutado con rica dignidad litúrgica, fue un presagio a la arquitectura litúrgica continental de los monjes en Beuron, Alemania, tema que ampliaremos más adelante en este documento.

Después del siglo XIX se revivieron las órdenes religiosas anglicanas que mantuvieron vivo el antiguo equilibrio del ritual y la protesta social. La Sociedad de San Juan Evangelista (1863) y la Sociedad de la Sagrada Misión (1894) transformaron las experiencias de las parroquias Puseyitas en una nueva tradición monástica que iba a tener influencia en toda la Comunión Anglicana hasta el siglo XX.

**El Declive del Movimiento**

Cuando cesaron los enjuiciamientos del clero infractor en la década de 1890, el ritual se convirtió en su fin propio, ya no subordinado a la misión más amplia. Aunque en un sentido el futuro estaba en manos de los Puseyitas -en todo el mundo la Eucaristía ahora comenzó a suplantar la oración de la mañana y las vísperas como la forma principal de adoración Anglicana-, no en tanto, en otro sentido no fue así. Los Tractarianos habían soñado con un renacimiento Católico popular, pero a finales del siglo XIX, en la mayoría de las áreas de la vida inglesa, la Iglesia de Inglaterra se había reducido a una formalidad tangencial. Durante los servicios litúrgicos, el pecado social rara vez fue enfrentado por el esquema cósmico de la salvación. El número de Anglo-Católicos que plantearon interrogantes acerca del sistema industrial disminuyó y su influencia fue rechazada tanto por el clero como por los laicos.

Muchas parroquias Anglo-Católicas se convirtieron en mundos aislados dentro de la sociedad -falsas, artificiales y ajenas a la vida moderna. La experiencia comunitaria ya no era primordial, y en el culto divino los laicos no sabían que eran un mismo cuerpo con el clero. Solamente el celebrante recibía la comunión en la “misa mayor”, incluso cuando había una participación de 5,000 fieles. Algunas comunidades Puseyistas valientes en la costa este de los Estados Unidos, se convirtieron en sociedades rituales para los ricos y su ecléctico seguimiento de jóvenes amantes de las artes. Una famosa parroquia de Boston envió a los sirvientes a una iglesia misionera separada y sonrió mientras una excéntrica patrona lavaba públicamente los escalones de entrada de la iglesia madre en Cuaresma, segura de que esto era una renovación Católica.

El sistema industrial del siglo XIX fue la fuerza histórica que dio lugar a la búsqueda de comunidad litúrgica. Fue Pusey quien tuvo el valor de desafiar a los cristianos modernos a “lidiar con nuestro sistema de manufactura como lo hicieron los apóstoles con el sistema de esclavitud del mundo antiguo ... si por la gracia de Dios desposeímos a los principados y potestades del perjudicar esas porciones de su reino, los cuales, aunque no tenidas en cuenta por la Iglesia, habían sido totalmente poseídas”.[[5]](#footnote-5) Entonces, ¿cómo podremos lidiar con los sistemas digitales y el capitalismo que definen nuestra sociedad actual?

El siglo XIX sigue siendo nuestra crisis. Nosotros también podemos pervertir los dones maravillosos que las máquinas pudieran ser. Estamos rodeados de artefactos de violencia que pueden traer la muerte global, artificios de comercio que arrojan una lluvia química y máquinas de diversión que adormecen la mente y fomentan la evasión de la responsabilidad. En la caída de Roma, en la Edad Media, en la Reforma, en la Revolución Francesa, el culto cristiano ha presentado una articulación de valores humanos en desacuerdo con los estándares públicos aceptados. Esto también sucedió en nuestra Era de la Mecanización. Y, sin embargo, gran parte de la iglesia ignora una línea oscura de pensadores cristianos que relacionaban el acto de adoración con los seres humanos tal como existían en el orden industrial. Pusey, de pie en esta línea, sostiene una herencia que aún no hemos descubierto totalmente.

**El Movimiento Litúrgico del Siglo XIX**

El Movimiento Litúrgico del siglo XIX (1833-1933) fue obra de los benedictinos, principalmente en Francia, Alemania y Bélgica. Fue el abad de Solesmes, Francia, Dom Prosper Guéranger, quien utilizó por primera vez la frase “Movimiento Litúrgico”, y para él fueron los esfuerzos monásticos, pastorales y culturales los que abrieron el camino para la restauración del culto, que había caído en una negligencia casi universal.

El liderazgo de los monasterios en el avivamiento litúrgico es sorprendente debido al declive marcado de los monasterios en Europa Occidental. En 1790 había más de 1,000 monasterios benedictinos para hombres y 500 para mujeres. Catorce años después quedaba menos del 2 por ciento de estas casas, y en 1845 sólo el 5 por ciento había sido restaurados. Fueron enormemente reducidos en tamaño y fueron destituidos de sus bibliotecas y otras posesiones. Los religiosos que se quedaron encontraron su vocación en foros públicos relacionados con la predicación, la enseñanza parroquial e incluso el periodismo, pero el énfasis estaba en las obras públicas afanosas más que en la oración. No había énfasis en la liturgia.

Guéranger discernió que su vocación estaba en el campo de la liturgia, y a los 25 años resolvió refundar una casa benedictina como centro de oración e investigación. Esto lo hizo en 1833, reabriendo las puertas del antiguo priorato maurista de Solesmes, en el oeste de Francia. Guéranger sostenía que el Oficio divino, cantado en coro en su totalidad con la celebración solemne de la Eucaristía en su centro, tendría que estar en el corazón del monaquismo benedictino.

En 1840 Guéranger inició la fase pastoral de la renovación litúrgica de Solesmes dirigida contra la indiferencia episcopal, la práctica descuidada de las parroquias y la ignorancia de los laicos. En toda Francia, los laicos no tenían idea de lo que sucedía en una misa mayor, no cantaban en la misa y evitaban el oficio divino.

La oposición vino en 1845 del obispo Jean-Jacques Fayet de Orleans, quien afirmó que la religión es una virtud moral, privada e individualista -no comunitaria; y la liturgia, en el mejor de los casos, es competencia exclusiva del clero. Guéranger respondió no haciendo de las parroquias el campo de batalla de prácticas opuestas, sino haciendo de los monasterios modelos de ritos y formación intelectual, ofreciendo a los laicos ejemplos de celebración litúrgica y fomentando la reflexión teológica y la investigación histórica.

Las liturgias de Guéranger eran románticas y líricas, ilustrando tres temas clave: (1) La liturgia es fundamental no solo para los monasterios, sino también para las catedrales incluyendo a las parroquias, y durante 1,000 años había sido el medio principal para la transmisión de la tradición de la Iglesia (una perspectiva modificada por investigaciones posteriores); (2) El culto, que recrea simbólicamente el ciclo anual de los acontecimientos de la vida de Cristo, hace presente en la Iglesia los misterios de estos acontecimientos; (3) El clero debe estar profundamente involucrado como maestro -una noción revolucionaria para la época -con el objetivo de la participación plena y activa del pueblo.

Las liturgias abrieron la puerta a un nuevo papel para los laicos. Se esperaba que la oración de una parroquia litúrgica fuera la oración de una comunidad laica -una noción democrática que encontró su plena expresión en las reformas del Vaticano II. Se animaba a los sacerdotes-oblatos seculares a restaurar el oficio divino de alabanza, y si sus sacerdotes se mostraban reacios a ello, debían dirigir el cántico de salmos y el canto de himnos. Como dice el libro oblato de Solesmes, y también el Concilio Vaticano II: “Cristo Jesús mismo une a Sí la comunidad entera de los hombres, … Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que, sin cesar, alaba al Señor”.[[6]](#footnote-6)

**Las Artes como Tributarias de la Liturgia**

El canto gregoriano pronto se identificó en toda Francia con el movimiento litúrgico. En la Francia rural se introdujo como una forma de superar el estado detestable de la liturgia pueblerina, y en París florecieron grandes centros donde se intentaba el canto con solemne perfección.

Guéranger creía que “todas las artes -arquitectura, pintura, escultura, música- son tributarias de la liturgia”, pero pronto descubrió que el entusiasmo desenfrenado condujo al exceso.[[7]](#footnote-7) Se enfrentó a las establecidas prácticas caóticas y eclécticas de que masacraban la pureza del canto simple (gregoriano) con una elaborada instrumentación que ahogaba las voces. Las prácticas laxas habían alentado la sustitución del órgano por el gong chino en algunos puntos del servicio y el canto de elaborados motetes durante la elevación de la hostia. Se necesitaron casi medio siglo para volver a las fuentes puras del canto y, como veremos, el debate sobre la pureza del canto condujo a una de las guerras litúrgicas clave del movimiento progresista.

En arquitectura, una manía caótica por el paganismo en la construcción eclesiástica había prevalecido en Francia después del siglo XVI. En París, Sainte-Geneviève se inspiró en el Panteón de Agripa; La Madeleine se asemeja al Templo de Minerva; y Saint Philippe-du-Roule fue construido como un templo antiguo adornado con representaciones de Dios como Júpiter, la Virgen como Venus y los santos como ninfas amorosas. Para nuestro abad, esta sensualidad pagana revivida era un “insulto indignante al culto cristiano”.[[8]](#footnote-8)

El desafío era reemplazar los pastiches anacrónicos de las artes de la Edad Media, el exceso gótico de los romances y los cuentos de hadas, por un gótico más puro como modelo de arte religioso popular sonoro. El líder de este aspecto del movimiento fue A.W.N. Pugin, que creía que el declive del arte litúrgico coincidía con el declive del gótico y del monaquismo.

Esta falta de principios acordados en música y arquitectura era el síntoma de una división mayor. Después del siglo XVI, el culto en sí mismo sufrió la ausencia de un conjunto común de principios para la orientación de los compiladores de libros litúrgicos. Había 21 breviarios y misales de uso común en toda Francia en la época de Guéranger, producto del Galicanismo, es decir, una autoridad civil sobre la iglesia basada en París, comparable a la de Roma. Desde el punto de vista de los monasterios, no podría haber reforma litúrgica en Francia hasta que se restaurase el principio de unidad para el oficio y la misa. Esa división -entre París y Roma- fue la base de la otra gran batalla litúrgica que libraría el movimiento de avivamiento.

**La Batalla sobre la Liturgia**

En su obra de varios volúmenes *Institutions liturgiques*, Guéranger describió “la liturgia romana como uno de los medios para gestionar la unidad europea”.[[9]](#footnote-9)No se refería exclusivamente a los libros romano-tridentinos, basados en el trabajo del Concilio de Trento (1545-1563), sino más bien a un restablecimiento de las tradiciones sólidas, “permitiendo una cierta variedad de formas”.**[[10]](#footnote-10)** La unidad Romana y el canto Gregoriano -los dos grandes conflictos- llegaron a eclipsar los elementos progresistas del movimiento litúrgico, y siguió medio siglo de controversias sobre los dos temas en los que el Vaticano se vio envuelto.

Deseoso de afirmar la autoridad papal frente a un movimiento de liberación anticlerical en Italia, Pío IX a partir de 1847 tensó los hilos que unían a los católicos del norte con la Santa Sede. Resucitó sedes inactivas en Holanda y creó una jerarquía católica en Inglaterra por primera vez desde la Reforma. En Francia, forzó la adopción de los libros litúrgicos de Trento -la liturgia Romana- en las diócesis galicanas que nunca los habían usado. Guéranger fue duramente (e injustamente) acusado de ser el instrumento de una uniformidad artificial destructiva de la herencia litúrgica de Francia. Consiguió la unidad que buscaba, pero a un alto precio.

Uno de los puntos fuertes de la comprensión de la liturgia de Guéranger fue su visión del culto como un medio para resolver uno de los grandes problemas del siglo XIX: la reintegración de la materia y el espíritu. El trasfondo, a partir de mediados del siglo XIX en adelante, fue una civilización predominantemente materialista que dividió a la sociedad en una esfera secular y una esfera espiritual de otro mundo, cada vez menos importante. Fue una época de industrialización, producción en masa, movimiento de las zonas rurales a las ciudades, explotación de los trabajadores y una enorme división de la riqueza. Para la Iglesia, el desafío era abordar esta sociedad con liturgias que levantaran objetos cotidianos - velas, flores, frutas - así como procesiones que llevaran la religión a los lugares de trabajo en un siglo que subestimó el valor del trabajo. El año litúrgico simbólicamente santifica el tiempo en que los horarios de empleo y la tecnología crearon días sin noche y años sin estaciones, un descriptor que bien podríamos aplicar a nuestro propio día.

En sus últimos años, Guéranger cambió su enfoque de un equilibrio de lo material y lo espiritual en la teoría litúrgica y, en su lugar, adoptó la contemplación sobre la actividad pública, la iluminación individual sobre la santificación comunitaria. No está claro por qué lo hizo. Pero el surgimiento de la teología mística heterodoxa, la hostilidad del gobierno francés y la indiferencia de sus sucesores en Solesmes después de su muerte en 1875 impidieron la conexión de la liturgia con el monaquismo. Y una ola de anticlericalismo llevó al cierre de la abadía en 1901.

**La Batalla sobre el Canto**

Durante estos años la contribución de la comunidad al movimiento litúrgico se limitó a las discusiones sobre el canto gregoriano, pero esta fue una ocasión de importancia histórica y la causa de la segunda gran guerra litúrgica.

Guéranger había defendido la versión antigua del *Liber Gradualis* de Solesmes. Un rival, Pustet de Ratisbon, hizo circular un Gradual basado en una edición del tiempo de los Medici del siglo XVII, precisamente del tipo que Guéranger había deplorado. Pustet persuadió a Pío IX para que hiciera de su versión el canto oficial de la iglesia durante los 30 años subsiguientes.

La figura central de esta guerra litúrgica fue Dom Andre Mocquereau, un partidario de la visión benedictina, quien vio que el tema no era una mera preferencia papal (o politiquería de trastienda) sino del valor litúrgico de dos ediciones opuestas, la neo-Mediciana y la Benedictina.

Después de una larga correspondencia y con hábiles maniobras, Mocquereau se impuso, y en un edicto emitido en 1903, Pío X escribió: “Siendo nuestro mayor deseo que el verdadero espíritu cristiano florezca de nuevo en todos los sentidos y sea sostenido por todos los fieles, antes que nada es necesario ver la santidad y dignidad del templo, donde los fieles se reúnen para ganar ese espíritu de su primera e indispensable fuente: la participación activa en los misterios compartidos y la oración pública y solemne de la Iglesia”.[[11]](#footnote-11) Esas palabras, por supuesto, son los estatutos del movimiento litúrgico del siglo XX.

**El Avivamiento Prospera en Alemania**

Ahora ponemos nuestra mirada en la comunidad benedictina de Beuron, en el límite de la Selva Negra en Alemania. Allí, en 1862, los sacerdotes y hermanos Placidus y Maurus Wolter fundaron una nueva congregación, siguiendo el modelo de Solesmes, que pronto supervisó los puestos de avanzada en Europa y Palestina, incluidas las influyentes comunidades de Maredsous, en Bélgica, y Maria Laach, en Alemania. Guéranger le dio a Maurus Wolter su último encargo: “Inspira el amor por la sagrada liturgia que es el centro de todo el cristianismo”.[[12]](#footnote-12)

Profundamente comprometidas con la liturgia como su primer y más alto ejercicio, las comunidades de Beuron produjeron misales, folletos litúrgicos y traducciones masivas que vendieron millones de copias a sacerdotes, intelectuales y laicos de toda Europa, y Beuron se convirtió en un lugar de peregrinaje e instrucción populares hasta la Segunda Guerra Mundial. Los estudiantes protestantes asistieron a los cursos y, ya en 1921, el prior de Maria Laach celebró la misa de cara a la congregación. Los retiros y las clases atrajeron a miles, y el Movimiento Litúrgico transformó las parroquias en toda Alemania.

El resurgimiento se extendió también a la reforma cultural, aunque en Alemania fue más una cuestión de experimentar con la arquitectura que con el canto gregoriano, como había sido en Francia. Rechazando los principios estéticos dominantes de la época –“la ostentación, el lujo y ... el plagio idólatra de estilos muertos”- el joven artista y posteriormente monje Desiderius Lenz de 1868 a 1870 construyó la pequeña Mauruskapelle en Beuron, la iglesia más importante del siglo XIX.[[13]](#footnote-13) (Vea esta hermosa estructura en <https://tinyurl.com/yyk4f28u>). Fue el primer intento de abandonar estilos revividos y construir un edificio basado en principios litúrgicos. Profetizó el estilo Católico simple y sin adornos de la era posterior al Vaticano II. “Es liturgia transformada en línea y color”, dijo el abad Herwegen de Maria Laach. “No he encontrado en todo el arte religioso mayor símbolo vivo de oración”.[[14]](#footnote-14)

Lenz se inspiró en la Hermandad Prerrafaelita, la Cofradía Ruskin, Morris & Co. en Inglaterra, los Nabis en Francia y los Nazarenos en Alemania, repeliendo el Renacimiento y aceptando el espíritu del arte de la Edad Media. y las comunidades que lo produjeron.

En la década de 1920, la contribución del monasterio al movimiento se sintió más en la investigación tanto en el ámbito cultural como en el pastoral. Desde la casa de Mont-César, Dom Lambert Beauduin llevó su influyente manifiesto a los trabajadores industriales de Bélgica, invitándolos a hacer de la misa parroquial el gran encuentro semanal del pueblo cristiano congregado en unidad. El atractivo popular de la liturgia se enfatizó en *La Piété de l’Église* de Beauduin (1914), el segundo acuerdo del Movimiento Litúrgico del siglo XX: “Al vivir la liturgia de todo corazón, los cristianos se vuelven cada vez más conscientes de su fraternidad sobrenatural. ... Este es el antídoto más poderoso contra el individualismo”.[[15]](#footnote-15)

Otro libro, *El Espíritu de la Liturgia* (1918) de Romano Guardini, se convirtió en la Biblia del movimiento a medida que se alejaba de los benedictinos. En torno a Guardini de 1924 se reunieron figuras que harían de la parroquia el centro creativo, entre ellos Rudolf Schwarz, quien usó hormigón, acero y vidrio para construir la primera iglesia Católica moderna, St. Fronleichnam en Aquisgrán, en 1930, “la obra por excelencia del Modernismo en la arquitectura eclesiástica” (puede ser vista en <https://tinyurl.com/y28t6esp>).[[16]](#footnote-16)

**Nuestra Deuda con los Benedictinos**

Con la separación del Movimiento Litúrgico del contexto monástico en la década de 1920, el recuerdo de una contribución benedictina se desvaneció y una interpretación negativa de Guéranger ganó predominio. Los críticos lo reprocharon por su insistencia en la restauración de la liturgia romana a expensas del desarrollo de nuevas formas de culto.

El Movimiento Litúrgico no habría sobrevivido al siglo XIX si no hubiera sido por la empresa del monaquismo. El carácter internacional del monaquismo permitió a los monjes convertirse en el medio de transmisión de sus ideas fuera de los países en los que el Movimiento Litúrgico se había visto amenazado y deformado. La naturaleza del monasterio como institución que es un centro tanto de aprendizaje como de vida cotidiana moldeó el Movimiento Litúrgico a lo largo de una vía media creativa que fuera a la vez conservadora, en cuanto que miró al pasado en busca de modelos, y progresista, en cuanto que buscaba crear una vida comunitaria renovada adecuada a las condiciones modernas.

Tenemos una deuda con los benedictinos por su trabajo para cambiar drásticamente el culto occidental en los últimos 175 años. Somos los beneficiarios de su legado de participación y educación laica, la importancia del ritual y la belleza en la adoración, el enfoque en principios acordados con espacio para la variación local, el clero bien educado y la liturgia como el vehículo que nos lleva a la comunión con Cristo y los unos con los otros. ¿Cómo podría ese legado informar nuestro pensamiento al examinar la liturgia en nuestra era digital?

**El Vínculo del Pasado con el Presente**

¿De qué manera podemos pasar de estos movimientos del siglo XIX sobre la Eucaristía y la liturgia a las preocupaciones de la Iglesia en medio de nuestra pandemia del siglo XXI? Hoy en toda la Iglesia Episcopal se ha elevado el grito de que la gente desea una vez más recibir la Eucaristía. Hay una hambruna sacramental en la tierra.

Pero, hasta hace 40 años, la Iglesia Episcopal no era una Iglesia centrada en la Eucaristía. La Oración Matutina era la norma para la adoración del domingo por la mañana. La Iglesia Católica Romana siempre ha estado centrada en la Eucaristía. Pero la piedad popular Católica Romana se enfoca más en la Virgen María y los santos. Todo eso cambió con el Concilio Vaticano II, y muchos Católicos Romanos que han llegado a la Iglesia Episcopal han traído un fuerte deseo de recibir con regularidad la Eucaristía los domingos.

Este enfoque eucarístico en la Iglesia Episcopal ha sido moldeado sobre todo por el Libro de Oración Común de 1979. Y el vínculo entre los movimientos del siglo XIX presentados aquí y la revisión de 1979 de nuestro libro de oraciones fue William Palmer Ladd, Deán de Berkeley Divinity School en New Haven, de 1918 a 1941.

Aunque podría ser muy crítico con Pusey y los ritualistas Anglo-Católicos, Deán Ladd combinó su compromiso con el enfoque eucarístico de los puseyitas con la erudición litúrgica y la teología del Movimiento Litúrgico Benedictino, sobre todo de las abadías alemanas.

A través de la amplia influencia de sus *Insertos al Libro de Oración* (titulo original en inglés, *Prayer Book Intervals)*, ensayos publicados originalmente en la revista *El Testigo* (título original en inglés, *The Witness*), y luego publicado como un volumen separado, en 1942, Ladd alimentó el Movimiento de Comunión Parroquial y ayudó a sentar las bases de las Parroquias Asociadas y la Comisión Permanente en Liturgia y Música de la Convención General de la Iglesia Episcopal, y dio forma a la escritura y la enseñanza de figuras como Massey H. Shepherd, H. Boone Porter y Frank Griswold, entre muchos otros que produjeron el Libro de Oración de 1979.

Ladd nunca separó su lucha por una Iglesia centrada en la Eucaristía de las principales fuerzas deshumanizadoras de los años treinta y cuarenta: la Gran Depresión, el auge del fascismo y la llegada de la guerra mundial.

En su introducción de 1957 a una nueva edición de *Insertos al Libro de Oración*, Massey H. Shepherd dijo esto sobre la herencia que Dean Ladd nos ha transmitido:

“Cuando Dean Ladd escribió estos artículos, las potencias fascistas apresuraban al mundo hacia la guerra más sangrienta de la historia. El deán fue uno de los pocos eclesiásticos que previó desde el principio la tragedia que hundiría a la humanidad. Sin embargo, estaba sereno y confiado en que un libro sobre el culto de adoración no estaba fuera de lugar en ese momento. Sabía que el mundo sufriría cambios sociales revolucionarios que harían que los objetivos del Movimiento Litúrgico fueran aún más necesarios para su restablecimiento y reconciliación.”

“Pero si hubiese vivido hasta nuestra hora actual, sin duda se habría asombrado al ver cuán rápidamente sus profecías comenzaron a cumplirse”.[[17]](#footnote-17)

**Una Nota Sobre las Fuentes**

Esta introducción se basa en dos de mis libros anteriores: RW Franklin, *Iglesias del Siglo XIX: La Historia de un Nuevo Catolicismo en Württemberg, Inglaterra y Francia* (Garland Publishing, Nueva York y Londres: 1987) y R. William Franklin y Joseph M. Shaw, *El Argumento por un Humanismo Cristiano* (William B. Eerdmans Publishing, Grand Rapids, Michigan: 1987), y tres artículos anteriores: RW Franklin, “Pusey y la Adoración en la Sociedad Industrial” *Adoración* (vol. 57, n. ° 5, septiembre de 1983, 386-412; RW Franklin, “El Movimiento Litúrgico del Siglo XIX”, *Adoración* (vol. 53, n. ° 1, enero de 1979) 12-40; y RW Franklin, “Guéranger y la Liturgia Pastoral: un Contexto del Siglo XIX”, *Adoración* (vol. 50, no. 2, marzo de 1976).

Deseo agradecer a Judy Stark por su incansable ayuda con la preparación de esta introducción.

**Preguntas para su Reflexión**

(1) El sistema industrial del siglo XIX que aisló a los individuos, promovió condiciones de trabajo brutales, y enfatizó el materialismo fue la fuerza histórica que

inspiró a la iglesia a responder con la procura de una comunidad litúrgica. *¿A qué tipo de respuesta nos pudiera estar inspirando a procurar nuestro sistema digital presente?*

(2) El liturgista Católico Romano estadounidense Robert M. Hovda habla de la necesidad de aliviar, “la necesidad de alimentar el ojo, el tacto, el oído, el olor, el gusto y el estómago”. *¿Qué pudiera satisfacer nuestros apetitos y necesidades hoy? ¿Qué nos curará?*

(3) En esta época de pandemia, hemos estado viviendo encerrados, no podemos reunirnos en lugares de trabajo o entornos sociales, y estamos sufriendo la pérdida de seres queridos y de trabajos y seguridad financiera. Los mismos dispositivos digitales que nos conectan también pueden aislarnos. *¿Cuál es nuestro papel único como iglesia en la reconstrucción de la comunidad, lidiando con este trauma y ofreciendo esperanza, especialmente en un momento de incertidumbre política y económica y el fracaso de liderazgo?*

**En conclusión**

*La iglesia de Cristo, en cada época*

*acosada por el cambio, pero guiada por el Espíritu,*

*debe reclamar y demostrar su herencia*

*y continuar resucitando de entre los muertos.*

*— Himno 779 de Wonder, Love, and Praise.*

En esta inquietante temporada de marea Corona nos encontramos acosados ​​por cambios, algunos bienvenidos, otros no bienvenidos. A lo largo de la historia, muchos momentos de cambio -invenciones significativas/descubrimientos/disturbios, incluida la prensa diaria, el motor de combustión interna, la computadora- nos han llevado a decir: “Esto es milagroso”, así como “Esto es obra del diablo”, y preguntarnos: “¿Qué grandes cosas podemos hacer con esto?” así como “¿Qué daño terrible infligirá esto?” Hoy nos encontramos equipados para ofrecer la comunión virtual. Nuestra pregunta es si hacerlo y por qué.

El obispo Doyle sostiene que “limitar a los participantes mediante la limitación del marco de referencia a una pantalla pequeña es limitar nuestra participación en la Eucaristía con otros. Ver la Eucaristía virtual como una especie de centro con radios virtuales es pasar por alto el hecho de que las referencias integradas en la comunidad, la comunión y la celebración eucarística también se refieren a cómo los múltiples individuos participan en la comunión o en la realización de la Eucaristía de las otras personas”.

Nuestra revisión del Movimiento de Oxford y el Movimiento Litúrgico del siglo XIX subraya que la Iglesia atesora la comprensión de la presencia real de Cristo en la Eucaristía; la comunidad reunida para que podamos ver el rostro de Cristo unos en otros; y el poder restaurador del ritual, la dignidad y la belleza. Esos no son valores menos importantes hoy en día, ya que nos encontramos aislados en un mundo marcado por el miedo, la incertidumbre sobre el futuro, la sospecha, la ira y los polos opuestos de la necesidad y la codicia -un mundo obsesionado con los datos y los números que a menudo le ofrece la espalda a lo que ofrece el Evangelio.

Como dice el obispo Doyle, nuestra sociedad moderna es enmarcada por la economía, la esfera pública y la política, “caracterizada por un individualismo que puede ser adverso a la imaginación moral de la liturgia cristiana.”

Ningún momento puede dictar el contenido litúrgico. Haríamos bien en evitar cambiar nuestra comprensión de la teología sacramental cuando experimentamos trastornos a corto plazo debido a la pandemia.

En 1981, la autora Tracy Kidder escribió el libro ganador del premio Pulitzer *El Alma de una Nueva Máquina*, que trata de un equipo de ingenieros en computación que trabajaban para diseñar una superminicomputadora a un ritmo vertiginoso bajo una tremenda presión competitiva. Esa alma, dice un comentarista, pudo haber estado incrustada en silicio y microcódigo, pero fueron sus almas, a través de su atención, esfuerzo y creatividad, las que dieron vida al dispositivo. Que nuestras almas hagan lo mismo con nuestra liturgia en este día.

1. E. B. Pusey in H. P. Liddon, *La Vida de E. B. Pusey* 2 (Londres 1894) 474-475. [↑](#footnote-ref-1)
2. El “Sermón Condenado” es “La Santa Eucaristía un Consuelo para el Penitente”, en *Nueve Sermones, Predicados ante la Universidad de Oxford* (Londres 1859). [↑](#footnote-ref-2)
3. MS Cartas de Pusey a H. P. Liddon, 2 de Mayo de 1881, Archivos de la Casa de Pusey, Oxford. [↑](#footnote-ref-3)
4. Paul Thompson, “La Iglesia de Todos los Santos, Calle Margaret, Reconsiderada”, *Historia Arquitectónica* 8 (1965) 73-94. [↑](#footnote-ref-4)
5. E. B. Pusey, *Los Concilios de la Iglesia del Concilio de Jerusalén al Concilio de Constantinopla* (Oxford 1857) 4-5. [↑](#footnote-ref-5)
6. Constitución *Sacrosanctum Concilium,* 83: *Acta Apostolicae Sedis,* 121. [↑](#footnote-ref-6)
7. Prosper Guéranger, *Institutions liturgiques I,* 2da edición (París,1880) 13. [↑](#footnote-ref-7)
8. Prosper Guéranger, *Institutions liturgiques II,* 2da edición (París 1880) 81. [↑](#footnote-ref-8)
9. Prosper Guéranger, *Institutions liturgiques IV* 2da edición (Paris 1884) 286. [↑](#footnote-ref-9)
10. Prosper Guéranger, *Lettre a Monseigneur l’archeveque de Reims, Institutions liturgique III* (1883 Paris) 546-547. [↑](#footnote-ref-10)
11. C. J. McNaspy, *El Motu Proprio sobre Música Sagrada del Papa Pío X* (Toledo 1950). [↑](#footnote-ref-11)
12. Guéranger citado en Louis Soltner, “Beuron und Dom Guéranger,” *Erbe und Auflag* (Febrero 1975) 8. [↑](#footnote-ref-12)
13. MS Apropos d’une oeuvre de l’école d’art de Beuron—Dossier “Pintura en Monte Cassino” (1876-1880), Archivos de la Abadía de Maredsous, Bélgica. [↑](#footnote-ref-13)
14. Alois Dangelmaier, *P. Anselm Schott* (Reimlingen 1971) 154. [↑](#footnote-ref-14)
15. Lambert Beauduin, *Mélanges liturgique* (Louvain 1954) 17-18. [↑](#footnote-ref-15)
16. Alfons Kirchgasser, “Das Oratorium in Deutschland,” *Oratorium,* 2, no. 2 (VII-XII, 1971) 95-115. [↑](#footnote-ref-16)
17. Massey H. Shepherd, “Adelante,” en William Palmer Ladd, *Insertos al Libro de Oración* (Greenwich, Ct., 1957) iv. [↑](#footnote-ref-17)